

corazón sabía la respuesta. Ansiaba lucirse. Quería aplausos tan fuertes como truenos, y oír a sus amigos decir: "¡Oye, eso estuvo fabuloso!". Y quería impresionar a las chicas, especialmente a Petra López, la segunda chica más bonita de su clase. Su amigo Ernie ya se había quedado con la más bonita. Manuel sabía que debía ser razonable, ya que no era muy bien parecido, sólo promedio.

Manuel pateó las hojas recién caídas. Cuando llegó a la escuela, se dio cuenta de que había olvidado su cuaderno de ejercicios de matemáticas. Si el maestro lo descubría, tendría que quedarse después de clases y se perdería el ensayo del espectáculo de talentos. Pero, afortunadamente para él, esa mañana sólo hicieron ejercicios de repaso.

Durante el almuerzo Manuel anduvo con Benny, que también estaba en el espectáculo de talentos. Benny iba a tocar la trompeta, a pesar de haber quedado con el labio hinchado después de un partido de fútbol.

—¿Cómo me veo?—preguntó Manuel.

Carraspeó y empezó a hacer fonomímica moviendo los labios sin dejar salir palabra alguna, sólo un silbido como de serpiente. Manuel trató de parecer emotivo, agitando los brazos en las notas altas y abriendo los ojos y la boca lo más posible cuando llegaba a "Para bailar la baaaammmba".

Cuando terminó, Benny dijo que se veía muy bien,

LA BAMBBA

Manuel era el cuarto de siete hijos y se parecía a muchos chicos de su vecindario: cabello negro, tez morena y piernas delgadas, todas arañadas por los juegos del verano. Pero el verano había dado paso al otoño: los árboles se ponían rojos, los prados cafés y los granados estaban cargados de frutas. Una fría mañana, Manuel caminaba hacia la escuela pateando hojas y pensando en el espectáculo de talentos del día siguiente. Todavía no podía crear que se hubiera ofrecido de voluntario. Iba a fingir que cantaba "La bamba" de Ritchie Valens frente a toda la escuela.

"¿Por qué alcé la mano?", se preguntaba, pero en su

pero le sugirió bailar mientras cantaba. Manuel pensó un momento y decidió que era una buena idea.

—Sí, sólo piensa que eres Michael Jackson o alguien así—sugirió Benny—. Pero no te lo creas demasiado.

Durante el ensayo, el señor Roybal, nervioso por su debut como coordinador de talentos de la escuela, maldijo en voz baja cuando la palanca que controlaba la velocidad del tocadiscos se atascó.

—¡Caramba!—gruñó, tratando de forzar la palanca—

¿Qué te pasa?

—¿Se descompuso?—preguntó Manuel, inclinándose para ver más de cerca. A él le pareció que estaba bien.

El señor Roybal le aseguró que llevaría un buen tocadiscos al espectáculo de talentos, aunque eso significara llevar el propio estéreo de su casa.

Manuel se sentó en una silla plegable, haciendo girar su disco en el pulgar. Vio una escena cómica sobre higiene personal, un dúo de violín de made e hija, a cinco niñas de primer grado saltando la cuerda, un chico karateca que rompía tablas, tres chicas que cantaban la canción "*Like a Virgin*" y una escena cómica sobre los peregrinos. Si el tocadiscos no se hubiera descompuesto, a él le habría tocado después del chico karateca, "un acto fácil de seguir", se dijo a sí mismo.

Mientras hacía girar su disco de 45 revoluciones,

Manuel pensó que tenían un grandioso espectáculo de talentos. La escuela entera se asombraría. Su mamá y su papá estarían orgullosos, y sus hermanos y hermanas celosos y enfurruñados. Sería una noche para recordar.

Benny entró al escenario, se llevó la trompeta a la boca y esperó la señal. El señor Roybal levantó la mano como director de orquesta y la dejó caer dramáticamente. Benny aspiró y sopló tan fuerte que a Manuel se le cayó su disco, el cual rodó por el piso de la cafetería hasta topár con la pared. Manuel corrió tras él, lo recogió y lo limpió.

—¡Caray! Qué bueno que no se rompió—dijo con un suspiro.

Esa noche Manuel tuvo que lavar los platos y hacer muchas tareas, así que sólo pudo practicar en la ducha. En la cama rezó para que no fuera a estropearlo todo. Pidió que no fuera a ser como cuando estaba en primer grado. Para la Semana de ciencias naturales había conectado una pila tamaño C y una bombilla con un alambre, y les dijo a todos que había descubierto cómo funcionaba una linterna. Estaba tan complacido consigo mismo que practicó durante horas apretando el alambre contra la pila, lo que hacía que la bombilla parpadeara con una tenue luz anaranjada. Se lo mostró a tantos chicos de su vecindario que cuando llegó el momento de enseñarle a su clase cómo funcionaba una linterna, la pila ya se había agotado. Apretaba el alambre contra la pila, pero

la bombilla no respondía. Apretó hasta que el pulgar le dolió, y algunos chicos al fondo empezaron a reírse.

Pero Manuel se quedó dormido, seguro de que nada marcharía mal esta vez.

A la mañana siguiente su papá y su mamá estaban radiantes. Estaban orgullosos de que Manuel fuera a estar en el espectáculo de talentos.

—Ojalá nos dijeras qué vas a hacer —le dijo su mamá.

Su papá, un farmacéutico que usaba una bata corta azul con su nombre en un rectángulo de plástico, alzó la mirada del periódico y coincidió con su esposa.

—Sí, ¿qué vas a hacer en el espectáculo de talentos?

—Ya verán —respondió Manuel con la boca llena de

Cherrios.

El día pasó volando, lo mismo que sus quehaceres de la tarde y la cena. De pronto estaba vestido con sus mejores prendas y parado junto a Benny atrás del escenario, escuchando el alboroto conforme la cafetería se iba llenando con los chicos de la escuela y los padres. Las luces se atenuaron, y el señor Roybal, sudoroso en un traje apretado y una corbata con un nudo inmenso, se humedeció los labios y entreabrió el telón del escenario.

—Buenas noches a todos —lo oyeron decir los chicos detrás del telón.

—Buenas noches a usted —respondieron algunos de

110

los chicos más listos.

—Esta noche les presentaremos lo mejor que tiene para ofrecer la escuela primaria John Burroughs, y estoy seguro de que les complacerá y sorprenderá que en nuestra pequeña escuela brote tanto talento. Y ahora, sin más preámbulos, comencemos con el espectáculo.

Se volteó y, con un movimiento de la mano, ordenó:

—¡Que se abra el telón!

El telón se abrió a tirones. Una niña disfrazada de cepillo de dientes y un niño disfrazado de diente sucio entraron al escenario y cantaron:

Cepilla, cepilla, cepilla

Frota, frota, frota la seda

Con gárgaras se eliminan los gérmenes, jey, jey, jey...

Cuando terminaron de cantar, se volvieron hacia el señor Roybal, quien dejó caer la mano. El cepillo de dientes persiguió por todo el escenario al diente sucio, que se reía y se divertía mucho hasta que se resbaló y estuvo a punto de rodar fuera del escenario.

El señor Roybal saltó y lo atrapó justo a tiempo.

—¿Estás bien?

El diente sucio respondió: "Pregúntele a mi dentista", lo que provocó risas y aplausos entre el público.

111

BÉISBOL EN ABRIL

Después tocó el dúo de violín, y excepto por una vez en que la niña se equivocó, lo hicieron bien. La gente aplaudió, y algunos hasta se pararon. Luego entraron al escenario las niñas de primer grado saltando la cuerda. Estaban todas sonrientes, con sus colas de caballo dando saltos, mientras un centenar de cámaras relampagueaban al mismo tiempo. Las mamás lanzaban exclamaciones de gozo y los papás se incorporaban orgullosamente en sus sillas.

Después llegó el chico karateca. Dio unas cuantas patadas, gritos y golpes, y finalmente, cuando su papá sostuvo una tabla, la partió en dos de un puñetazo. El público aplaudió, y se miraron unos a otros con los ojos muy abiertos y llenos de admiración. El chico hizo una reverencia ante el público, y padre e hijo salieron corriendo del escenario.

Manuel permanecía entre bastidores temblando de miedo. Movió los labios como si cantara "La bambá" y se balanceó de izquierda a derecha. ¿Por qué había alzado la mano y se había ofrecido a participar? ¿Por qué no había podido sencillamente quedarse sentado como el resto de los chicos sin decir nada? Mientras el chico karateca estaba en el escenario, el señor Roybal, más sudoroso que antes, tomó el disco de 45 revoluciones de Manuel y lo puso en un nuevo tocadiscos.

—¿Estás listo? —le preguntó el señor Roybal.

—Sí...

El señor Roybal regresó al escenario y anunció que

La bambá

Manuel Gómez, estudiante de quinto grado de la clase de la señora Knight, iba a hacer una fonomímica de "La bambá", el éxito clásico de Richie Valens.

La cafetería retumbó con los aplausos. Manuel estaba nervioso, pero le encantó la ruidosa multitud. Imaginó a su mamá y a su papá aplaudiendo estruendosamente, y a sus hermanos y hermanas aplaudiendo también, aunque no con tanta energía.

Manuel entró al escenario y la canción empezó de inmediato. Con los ojos vidriosos por el impacto de estar frente a tanta gente, movió los labios y se balanceó al ritmo de un paso de baile inventado. No veía a sus papás, pero sí a su hermano Mario, un año menor que él, enfascado en una lucha de pulgares con un amigo. Mario llevaba puesta la camisa favorita de Manuel; ya se las veía después con él. Vio que unos chicos se paraban y se dirigían al surtidor de agua, y que un bebé que estaba sentado en medio de un pasillo lo miraba atentamente mientras se chupaba el dedo.

"¿Qué estoy haciendo aquí?", pensó Manuel. "Esto no es nada divertido". Todos estaban simplemente sentados ahí. Algunas personas seguían el ritmo, pero la mayoría sólo lo miraba, como mirarían a un mono en el zoológico.

Pero cuando Manuel hizo un extravagante paso de baile, hubo un estrallido de aplausos, y algunas chicas gritaron. Manuel probó otro paso. Oyó más aplausos y

gritos, y empezó a agarrar la onda¹ mientras se estremecía y serpentecía como Michael Jackson por el escenario. Pero, de repente, el disco se atascó y él tuvo que cantar:

Para bailar la bamba

Para bailar la bamba

Para bailar la bamba

Para bailar la bamba

una y otra vez.

Manuel no podía creer en su mala suerte. El público empezó a retirarse y a ponerse de pie. Manuel recordó que el disco se le había caído de las manos y había rodado por el piso de la cafetería. Probablemente se había rayado, pensó, y ahora estaba atascado, como lo estaba él bailando y moviendo los labios en las mismas palabras una y otra vez. Nunca se había sentido tan avergonzado. Tendría que pedirles a sus papás que se mudaran a otra ciudad.

Luego de que el señor Roybal quitó violentamente la aguja del disco, Manuel redujo la velocidad de sus pasos de baile hasta detenerse por completo. No supo qué hacer, excepto una reverencia ante el público, que aplaudía a rabiar, y salir a toda prisa del escenario, al borde del llanto. Esto era peor que la linterna hecha en casa. Al menos esa vez nadie

se había burlado, sólo se habían reído con disimulo.

Manuel se quedó solo, haciendo todo lo posible por contener las lágrimas mientras Benny, en el centro del escenario, tocaba su trompeta. Sintió envidia, porque tocaba de maravilla, y luego se enojó al recordar que había sido la estridente trompeta de Benny la que había hecho que el pequeño disco saltara volando de sus manos. Pero cuando todo el elenco se formó para la llamada final a escena, Manuel recibió una explosión de aplausos tan sonoros que sacudieron las paredes de la cafetería. Más tarde, cuando se reunió con chicos y padres, todos le daban palmaditas en el hombro y le decían: "¡Fabuloso! ¡Estruviste realmente divertido".

"¿Divertido?", pensó Manuel. "¿Había hecho algo divertido?"

Divertido. Loco. Cómico. Ésas fueron las palabras que le dijeron. Él estaba confundido, pero no le importó. Todo lo que sabía era que la gente le estaba prestando atención, y que sus hermanos y hermanas lo miraban con una mezcla de envidia y respeto. Iba a llevar a Mario a un lado para pegarle en el brazo por haberse puesto su camisa, pero se arrepintió. Estaba disfrutando de ser el centro de atención. Un maestro le llevó galletas y jugo de frutas, y los chicos populares que nunca antes le habían dado ni siquiera la hora, se aglomeraban hoy a su alrededor. Ricardo, el director del boletín escolar, le preguntó cómo había hecho para que la aguja se atascara.

¹ agarrar la onda — adquirir confianza

BÉISBOL EN ABRIL

—Sucedió nomás —dijo Manuel, masticando ruidosamente una galleta en forma de estrella.

Esa noche en casa, su papá, mientras se desabotonaba la camisa ansioso por reposar en su sillón reclinable, le preguntó lo mismo: cómo había hecho para que la canción se atascara justamente en las palabras "Para bailar la bamba".

Manuel pensó rápido y echó mano de la jerga científica que había leído en revistas.

—Fácil, papá. Usé un sondeo láser con alta frecuencia óptica y bajos decibeles funcionales por canal.

Su confundido pero orgulloso padre le dijo que se callara y se fuera a la cama.

—¡Ah, qué niños tan truchas! —dijo mientras iba a la cocina por un vaso de leche— No sé cómo hacen ahora para ser tan listos.

Manuel, sintiéndose feliz, se fue a su habitación, se desvistió y se puso su pijama. Se miró en el espejo y empezó a hacer la fonominica de "La bamba", pero se detuvo porque ya estaba harto de esa canción. Se metió en la cama. Las sábanas estaban tan frías como la luna que caía sobre el duraznero del patio.

Sintió un gran alivio de que el día hubiera terminado. El próximo año, cuando pidieran voluntarios para el espectáculo de talentos, no alzaría la mano. Probablemente.

²trucha — listo, inteligente